

Discurso Informe de Primer Año de Labores 2012-2013

Dr. Henning Jensen Pennington
Rector
Universidad de Costa Rica

Miércoles 12 de junio, 2013 (10 am) Auditorio de Derecho

Hace pocos días celebramos la semana del ambiente en memoria de Jairo Mora Sandoval, cuyo homicidio, sucedido el pasado 31 de mayo, constituye un hecho que debe indignarnos y preocuparnos como colectividad. Nos consterna que una persona joven y sensible, dedicada a cuidar la simiente de la vida, haya sido víctima de intereses ruines y egoístas. Sus principios e ideales son también los nuestros. Tal como dijo Mahatma Gandhi: *“debemos ser el cambio que queremos ver en el mundo”*. Estoy seguro de que muchas de las personas, presentes hoy aquí, han observado el desove de tortugas; sin duda, es una experiencia singular que provoca un profundo estremecimiento, una sensación cercana a una vivencia mística y trascendental.

Cuando suceden eventos como este, piensa uno obligatoriamente en la vulnerabilidad de la vida, pero también en el sentido que una persona como Jairo le dio a su propia existencia, mediante esa noble tarea de proteger lo delicado y frágil.

Esto me hace pensar en el discurso pronunciado por el escritor japonés Haruki Murakami, con motivo de su aceptación del Premio Jerusalén. Murakami cuenta que personas allegadas le exhortaron a no viajar a Israel, y renunciar a ese premio, como un gesto de amistad hacia el pueblo palestino y de protesta contra la política israelí. En contra de esas advertencias, el afamado novelista viajó a Jerusalén, y aprovechó su discurso para hacer un llamado a la paz. En su disertación empleó una sugerente imagen, que quisiera compartir con ustedes: “Entre un alto y fuerte muro y un huevo que se rompe contra él, yo siempre permaneceré del lado del huevo. Sí, sin importar cuánta razón tenga el

muro o equivocado esté el huevo, permaneceré de su lado. Alguien más tendrá que decidir quién tiene razón y quién está equivocado; quizá el tiempo o la historia lo hagan.”

Y continúa Murakami: “Cada uno de nosotros es, más o menos, un huevo. Cada uno de nosotros es un alma única, irremplazable, encerrada en una frágil cáscara. Esto es verdad acerca de mí, y es verdad acerca de cada uno de ustedes. Y cada uno de nosotros, en un grado mayor o menor, está confrontando una pared alta, sólida. La pared tiene un nombre: es El Sistema. Se supone que El Sistema debe protegernos, pero a veces toma vida por sí mismo, y entonces comienza a matarnos, y a hacernos matar a otros – fríamente, eficientemente, sistemáticamente”.

El célebre escritor termina diciendo que, si hemos de tener alguna esperanza, ella “tendrá que venir de nuestra creencia en la absoluta singularidad e irremplazabilidad de nuestra alma y de las de los demás, y de la calidez que podemos obtener al unir estas almas.”

El primer paso hacia la violencia es hacer exactamente lo contrario de lo que nos propone Murakami: en lugar de ver la singularidad de la persona, se la convierte en una simple cosa. Por desgracia, vivimos en un mundo entre cuyas características más sobresalientes se encuentra precisamente la cosificación de todo. No deja de asombrar que, casi 100 años después de haberse firmado la *Convención sobre la esclavitud*, se asiente sobre esta práctica –ilegalmente– una parte del sistema productivo global del presente.

Hay quienes piensan que el potencial humano para la destrucción es inextinguible. Este realismo pesimista fue muy propio de la burguesía europea de finales del siglo XIX. Sin embargo, a pesar de los caudalosos ríos de sangre derramada, ese pesimismo no se ha instalado en el pensamiento de las y los latinoamericanos, ni ha calado muy hondo en sus formas de ser. De este lado del mundo, nunca ha dejado de latir la esperanza de una vida buena. En contra

de tanta ignominia, en estas tierras de Nuestra América, nada acalla el sueño de un mundo mejor.

En un poema de Blas de Otero, que ustedes conocen bien, se expresa esa naturaleza ineludible de la esperanza:

*Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.*

El poeta recuerda que siempre nos queda la comunicación, la oportunidad para participar en la producción de significados colectivos, en la creación de unidades sociales y la gestación de valores culturales. Es en este ámbito de la creación cultural, donde se encuentra el contrapeso necesario para combatir el potencial destructivo de nuestra especie. Ya sea que observemos la danza de los átomos o persigamos el bosón de Higgs, analicemos el poema de Parménides o nos deleitemos en la rumba de las metáforas, en todos esos casos estaremos participando en un proceso de creación de valores culturales, lo cual es siempre un acto esencialmente amoroso.

Cuando pensamos en la Universidad de Costa Rica, nos la imaginamos ubicada en un polo cuyo magnetismo atrae las mejores fuerzas de muchas personas, y las articula en favor del bien de la colectividad. Quizá sea por ello que, en medio de las aguas turbulentas de la vida nacional, nuestra universidad se erige como un faro, hacia cuya luz vuelve su mirada la ciudadanía, en busca de orientación. Esto nos impone una misión particularmente elevada y compleja. Quizá porque ninguna otra institución ha expresado, de manera tan explícita, sus principios y propósitos solidarios como lo ha hecho nuestra universidad, ella se encuentra especialmente sometida a la observancia de un marco ético, y obligada a la crítica interna y a la rendición de cuentas hacia el ámbito externo.

Es obvio que toda institución está conformada y es puesta en marcha por personas. Pero no me refiero a ellas –a nosotros– en este momento, sino a cómo la Universidad, en tanto institución cultural, vive y se desenvuelve a la altura de sus propios valores y principios. ¿En qué medida es la Universidad de Costa Rica la encarnación real de sus propósitos?

Nuestra universidad tiene un modelo de organización política que responde al de una democracia, con pesos y contrapesos. Idealmente, la democracia es un sistema de reciprocidades que no puede basarse en consensos imaginarios. Estos solo conducen al letargo político. La práctica de la ciudadanía se encuentra íntimamente imbricada con la práctica de la inclusión. Una unidad política (sea una nación, un pueblo, un Estado o una universidad) debe estar dispuesta a reconocer la igualdad moral y legal de sus miembros. La inclusión representa la sensibilidad moral y emocional hacia diferencias individuales y grupales específicas.

Considero que nuestra universidad expresa esta sensibilidad de múltiples maneras. Es una institución solidaria. Sin embargo, todavía tiene muchos asuntos por atender, para avanzar hacia una mayor concreción de sus propios ideales. Quiero decir que, en nuestra institución, hay aspectos que son como esos tiernos y prometedores huevos de tortuga, a los cuales Jairo dedicó su vida. Comparto con ustedes uno de ellos.

Según una base de datos del Centro de Evaluación Académica, en el primer ciclo lectivo del 2013, la Universidad de Costa Rica tiene 190 docentes menores de 40 años en régimen académico, de los cuales 102 son hombres y 88 mujeres. El más joven de estos docentes tiene 29 años, y su promedio de edad es de 36. Se trata de un grupo de universitarios y universitarias con un alto nivel de formación académica, ya que el 89,5% tiene maestría o doctorado. De este grupo, solo la mitad tiene un nombramiento en propiedad de tiempo

completo. Nótese, nuevamente, que son solo 190 docentes menores de 40 años en régimen académico.

En contraste con este número pequeño, según la base de datos de la Oficina de Recursos Humanos, en el mismo grupo etario, a saber, menores de 40 años, tenemos 2000 docentes con nombramientos interinos, una cantidad más de 10 veces mayor a la de los docentes en propiedad en esta categoría etaria. El más joven de estos docentes tiene 22 años y el promedio de edad es de 32. Un poco más del 40% de estos docentes interinos laboran en Sedes Regionales y una cantidad similar pertenece al Área de Salud. Es de suponer que muchos de estos últimos son médicos, cuya contratación profesional se encuentra primordialmente en la Caja Costarricense de Seguro Social.

Veamos ahora algunas variables del grupo etario mayor a 40 años. En este grupo tenemos 1484 docentes en régimen académico, de los cuales 908 son hombres y 576, mujeres. Nótese la llamativa diferencia de género. Mientras en el grupo de menores de 40 años, casi el 90% tiene grados de maestría o doctorado, en este grupo de mayores de 40 años, quienes tienen esos grados académicos son solamente el 68%. Es una diferencia de 22%. De este grupo 29% son catedráticos y el 35%, instructores. Casi el 70% tiene nombramiento de tiempo completo o medio tiempo.

Ahora bien, en este grupo etario de mayores de 40 años, tenemos 1436 docentes interinos, casi la misma cantidad que propietarios en régimen académico. La mitad de estos docentes se encuentra en el rango de edad de 40 a 49 años y la mayoría de los nombramientos son por jornadas iguales o inferiores a medio tiempo.

He traído a colación estas cifras, porque deseo resaltar algunas desigualdades e inequidades, con cuya existencia nuestra universidad no puede mostrarse conforme. Una de ellas es la notoria diferencia de género en los nombramientos en propiedad. En cualquiera de los dos grupos etarios, los

varones superan aproximadamente por 25% a las mujeres nombradas en propiedad. Otra es la alta predominancia de docentes interinos en el grupo etario de menores de 40 años. Es de suponer que muchos docentes interinos, sobre todo quienes tienen nombramientos de pequeñas jornadas parciales, tienen compromisos profesionales fuera de la universidad. Sin embargo, alrededor del 35% tiene nombramientos interinos de medio tiempo o más, de manera que tienen una sustantiva dedicación a labores universitarias. Además, un poco más del 20% se encuentra en Sedes Regionales.

En resumen, tenemos un conjunto de fenómenos ante el cual no podemos mostrar indiferencia: la inequidad de género, las desventajas por rangos etarios, y la afectación de las Sedes Regionales.

El desarrollo social costarricense está marcado por crecientes índices de desigualdad. Vivimos en la Costa Rica más desigual de las últimas décadas, y acaso de la historia. Como sabemos, la educación es un factor de movilidad social y promoción de igualdad y equidad. Es un instrumento vital para potenciar una visión compartida del futuro con equilibrio social y desarrollo integral. La regionalización de la educación superior pública ha sido el medio privilegiado para fomentar el vínculo entre la Universidad y los actores comunales e institucionales regionales, con el fin de incidir en el desarrollo integral de todo el país, y contribuir a disminuir las desigualdades entre sus diferentes poblaciones.

Mucho hemos avanzado en el cumplimiento de estos propósitos, pero es obvio que el futuro contiene desafíos igualmente grandes que aquellos del pasado. Uno de esos desafíos es lograr que nuestra universidad sea una institución plenamente articulada. Lo cual no se ha logrado hasta el presente. Las Sedes Regionales llevan una vida que –no en todos los aspectos, pero sí en muchos– es subsidiaria de los procesos académicos desarrollados en la Sede Rodrigo Facio. En el pasado, hemos creado un fondo especial para la investigación intersedes; asimismo, hemos fortalecido sus capacidades investigativas, por

ejemplo, mediante el equipamiento y la adecuación espacial de un pequeño laboratorio en la Reserva Alberto Manuel Brenes en San Ramón.

Nuestra meta es lograr que todo laboratorio de docencia o investigación de las Sedes Regionales ofrezca las mismas condiciones y facilidades que los laboratorios ubicados en San Pedro de Montes de Oca. Empezaremos con los laboratorios de patología y biología molecular de la Sede del Atlántico, para cuya ejecución inmediata se han destinado 250.000 dólares. Al mismo tiempo, hemos definido una asignación presupuestaria de más de 100 millones de colones para la construcción de un laboratorio interdisciplinario de investigación y acción social en la Península de Osa, estrechamente vinculado con el Recinto de Golfito, PIOSA y los proyectos de regionalización en el sur de nuestro país. Pretendemos así fomentar la realización de programas y proyectos que tengan una relevancia nuclear para el desarrollo humano regional y nacional. El resultado que anhelamos es una Universidad más consistente, compleja y rica, organizada en instancias autónomas, pero a la vez interdependientes, complementarias y solidarias.

Por otra parte, no cabe duda de que la condición de interinidad conspira contra la integración de muy numerosos jóvenes docentes en la vida académica, al no permitirles contribuir con el proyecto institucional, en muchos casos, más allá de sus cursos respectivos. El aumento progresivo de la interinidad no se ha debido a la casualidad, sino que es resultado de una ausencia de planificación, o bien de una planificación debilitada, que ha creado un amplio estrato de académicos contingentes, como se les llama en otros países, a quienes se les dificulta la realización consecuente de su compromiso con las funciones sustantivas de la academia.

Quizá lo más importante para lograr que las jóvenes generaciones jueguen un papel protagónico y comprometido con la universidad, sea que las relaciones contractuales estén basadas en la seguridad de una carrera universitaria, la creación colectiva de conocimiento y el apoyo institucional. La importancia de la

generación de relevo no está solo en la necesidad de contrarrestar la descapitalización que resulta de la jubilación progresiva del cuerpo docente, sino en la renovación de ideas y conocimientos.

Siempre tendremos personas contratadas en situación de interinidad, ya sea por razones de conveniencia institucional, o bien porque existen docentes cuya actividad principal se encuentra en otro lugar. Lo que resulta inaceptable es el contraste entre generaciones que he descrito anteriormente. No es conveniente que nuestra universidad mantenga en situación de desventaja laboral a toda una generación de jóvenes académicos, muchos de ellos altamente calificados, y con un extraordinario potencial para hacer nuevos aportes al desarrollo de nuestra universidad y del país. Debemos, entonces, lograr un mayor equilibrio en la distribución de nuestros recursos, y procurar una mayor cooperación entre las generaciones. Sé que este no es un tema fácil, y su adecuado manejo puede llevar a rozar privilegios establecidos. Pero debemos abordarlo, con el fin de que las jóvenes generaciones se integren más productivamente a la vida universitaria, en condiciones salariales y laborales más estables y dignas.

Esta Administración está consciente de que con cada decisión tomada se estimula cierto modelo de cultura institucional, de academia y de educación superior. Nuestra responsabilidad es elegir reflexivamente, a partir de información suficiente y balanceada, en diálogo transparente con toda la comunidad universitaria, con el objetivo de atender los problemas actuales, pero también de proyectar con coherencia un mejor futuro.

Para lograr una inversión equilibrada y sostenible de los recursos institucionales, debemos asumir un proceso complejo de planificación, que nos guíe paulatinamente hacia transformaciones que aseguren una alta pertinencia nacional a las Sedes Regionales, la integración de las generaciones jóvenes, y la equidad de género en el cuerpo docente en régimen académico. Estos objetivos no se resuelven solo con cambios administrativos o presupuestarios. Se trata de un proceso esencialmente académico, con el cual deben

comprometerse todas las instancias institucionales. Deberemos revisar con atención la normativa existente, para hacerla más sencilla y eficaz, adecuada a los tiempos de cambio y a los desafíos que la Universidad, al igual que toda la sociedad, enfrenta en este nuevo siglo.

Estos son algunos de los delicados huevos que esperan crecer y encontrar su camino en nuestra institución. Al protegerlos procuramos dar continuidad a la vida de la Universidad que construimos juntos. La academia existe como comunidad, en ella el conocimiento surge a través del vínculo y la comunicación, que crean puentes para la reflexión y el cuestionamiento. El trabajo conjunto, basado en el diálogo, el debate y la transparencia, fortalece la armonía y el dinamismo que siempre han caracterizado a nuestra institución.

Tenemos la responsabilidad de actuar en dirección de lo posible; es decir, de lo deseado como óptimo. La continuidad y la transformación son dos características intrínsecas a la vida. Por ello, los logros históricos que nos enorgullecen no deben ser obstáculo para reconocer nuestras deudas, las amenazas que debilitan las metas alcanzadas, y el trecho que aún nos separa del horizonte sobre el mar, hacia donde nuestras aspiraciones nos impulsan.

La Universidad de Costa Rica está llamada a cumplir con lo que su potencial promete, a adherirse con pasión y coherencia a los principios y propósitos que la fundaron y la han orientado. Mis palabras de hoy buscan plantear algunos aspectos del complejo escenario sobre el cual debemos abrirnos camino, con estrategias claras, responsables y solidarias.

Cuidemos lo frágil de nuestra institución, cuidemos a las personas que no estamos atendiendo. Juntos, hoy, tenemos la oportunidad de construir mejores condiciones para el futuro, para proteger y estimular las actividades donde se reproduce y renueva la vida de nuestra Universidad. Muchas gracias.